

Don de la insolencia

Siruela agradece a la Fundación IE su apoyo en la publicación de este libro.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: Ilustración © Nacho Alcázar

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Carlos Aganzo, 2024

© De la edición de los poemas del conde de Villamediana,

José Francisco Ruiz Casanova, Grupo Anaya, S. A.

(Ediciones Cátedra), 1990

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-97-5

Depósito legal: M-3.785-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Carlos Aganzo

DON DE LA INSOLENCIA

Juan de Tassis, conde de Villamediana

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Introducción	9
Los Tassis	12
El joven donjuán	19
La segunda marquesa y el primer destierro	28
Guerras de naipes y la aventura napolitana	36
Las sátiras y el camino del último destierro	46
El retorno del «profeta»	55
Los amores «reales» y el asunto de Francelisa	68
«Que el matador fue Bellido y el impulso soberano»	81
¿Un Oscar Wilde del siglo XVII?	95
Tratado de amor	107
Entre el cielo y el infierno	116
Epitafios y estelas literarias	125
<i>Bibliografía</i>	139

Introducción

Fue, en todos los sentidos, uno de los grandes protagonistas de su tiempo. Noble entre los nobles, caballero entre los caballeros, poeta entre los poetas, donjuán entre los donjuanes de palacio, tahúr entre los tahúres de burdel. Tan exquisito en el vestir como insidioso en el hablar y el escribir. Tan arriesgado como apasionado en los dormitorios ajenos. Tan hábil como excesivo con los naipes. Tan gallardo montando a caballo como implacable alanceando toros, hasta el punto de que inventaron para él, según se dice, la expresión «picar demasiado alto». Don Juan de Tassis y Peralta, conde de Villamediana, correo mayor del rey, escribió una auténtica leyenda en el Siglo de Oro. La leyenda de un caballero español cuya fama —de Flandes a Roma, y de Nápoles a París— traspasó de largo las fronteras del país en el que reinaron, sucesivamente, Felipe III y Felipe IV, sus protectores y, tal vez, sus bestias negras.

Los poetas le respetaban por sus sonetos. Los políticos le temían por sus sátiras. Las damas eran presa de su seductora galantería, al tiempo que de su carácter indómito y formidable. Y los reyes le pusieron coto. Con Felipe III fue desterrado de la corte, y a Felipe IV le acusaron de permitir, si no de urdir, su asesinato. Un crimen sangriento, en plena calle Ma-

yor de Madrid, que resonó en toda Europa. Villamediana era el «tipo perfecto del noble español renacentista, de ingenio excelente, intrépido, lleno de todos los atractivos personales y fundamentalmente inmoral», en palabras de Gregorio Marañón.

Si el óleo de *El entierro del señor de Orgaz*, popularmente conocido como *El entierro del conde de Orgaz*, pintado por el Greco entre 1586 y 1588, define el esplendor y la armonía absolutos del Renacimiento español, tal vez *La muerte del conde de Villamediana*, obra de recreación histórica de Manuel Castellano, realizada en 1868, simbolice el modo de interpretar el Barroco, con sus claroscuros, sus excesos y sus desequilibrios, en el siglo XIX. Dos muertos bien muertos, pertenecientes ambos a la más alta nobleza española. El de Orgaz, sostenido por santos y mitrados, y acompañado tan solo por varones —eso sí, la flor y nata de la aristocracia—. El de Villamediana, iluminado dramáticamente por el farol que sostiene el monaguillo que aparece junto al párroco, el cual no llegó a tiempo de darle la extremaunción, rodeado de paseantes en corte: gañanes, caballeros, criados, manolas y otras gentes del común. Don Gonzalo, recogido en volandas por un paño blanquísimo, como Jesús en el descendimiento. Don Juan, tirado en el suelo, desangrado, no por la lanza del sayón, sino por el arma tremenda del concienzudo asesino a sueldo. El uno, con los ángeles preparando el acomodo ya en el cielo. El otro —sin más ángel que la menina que, detrás de él, acaso encarna todos esos otros crímenes de alcoba, de salón y de taberna que el muerto cometió, a sabiendas de las consecuencias—, sin duda más cerca del infierno.

¿Lo mataron, como cantaban las coplillas, sus amores con la reina Isabel de Borbón? ¿Fueron sus despiadadas sátiras acerca de los que estaban en la cumbre del poder? ¿O asuntos más oscuros, como se ha especulado en nuestro tiempo? Los poetas y los cronistas de la época, así como los estudiosos posteriores, solo han podido ponerse de acuerdo en una cosa:

don Juan de Tassis fue uno de los hombres más eminentes de su época; un escritor que rompió todos los moldes, y un autor cuya leyenda es muy superior al conocimiento que ha quedado de su obra literaria. «Todo lo posible es poco» tendría que haber sido su divisa, según Luis Rosales, aunque no lo fuera.

En este libro tendremos la ocasión de repasar por igual su perfil humano y su literatura; las peripecias de su vida y el secreto que rodeó su asesinato. También sus poemas de amor, sus sátiras y su poesía lírica, que marcaron el tránsito del petrarquismo renacentista de los primeros escritos de Villamediana al Barroco gongorino. Fundidos ambos en un mismo genio y figura, que emergen de esa otra muerte de los escritores que es el olvido, como decía Lope. Con una mirada insolente que atraviesa los siglos.

Los Tassis

Durante siglos se ha dado por buena la teoría de que el origen del apellido de don Juan, conde de Villamediana, Tassis, o Tarsis, como se consigna en la primera edición de su poesía, estaba relacionado con la propia etimología del transporte que hoy conocemos en todo el mundo como «taxi». En cambio, otras teorías más modernas, de principios del siglo XX, apuntan que el origen de los taxis está en los taxímetros, es decir, en el concepto de «tasa» (*tax* en inglés y en latín *taxare*), es decir, en la fijación del precio máximo de un artículo. Según esta última teoría, los taxis de todo el mundo derivarían de los primeros *taxicabs* descapotables de la Inglaterra victoriana, que en un momento determinado cruzaron el Atlántico y se instalaron en Nueva York.

Pudiera ser. No obstante, también es cierto que, mucho antes de que existieran esos taxis británicos del siglo XIX, en los siglos XVI y XVII, en toda Europa, desde Flandes hasta Sevilla, y desde Nápoles hasta Viena, la familia Tassis poseía prácticamente el monopolio no solo del correo, sino también de los caballos y los coches de alquiler. De origen italiano, en el siglo XII ya se localiza una familia Della Torre e Tasso en Camerata Cornello, en la provincia de Bérgamo (Lombardía), procedente de Almenno, localidad de la misma demarcación.

El apellido Tasso se escribe como en italiano «tejón» (*tasso*), animal que aparece representado en el escudo familiar de los Tassis y de los condes de Villamediana. Así, Omodeo Tasso reunió, en 1209, a una treintena de parientes suyos para fundar, sufragada por los príncipes italianos y por el propio papa, la Compagnia dei Corrieri della Serenissima, encargada de las comunicaciones entre Milán, Roma y Venecia. Un sistema de jinetes, los *bergamaschi*, que recorrían al galope los caminos que unían estas ciudades llevando las cartas y misivas. Y anunciaban, por cierto, su llegada tocando un cuerno, que no se conserva en el escudo nobiliario de Villamediana, pero sí en el de Correos de España.

La familia, lo mismo que la compañía, sufrió las consecuencias de la guerra de los güelfos y los gibelinos, que comenzó en 1154 y duró dos siglos. Los güelfos (*guelfi*), que tenían este nombre por la casa de Welf, en Baviera, eran partidarios del papa en su disputa por los territorios de la Italia del norte con el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, al que defendían los gibelinos (*ghibellini*), los cuales se llamaban así por el castillo de Waiblingen, propiedad de los Hohenstaufen de Suabia. Vaivenes que nos llevan a localizar de nuevo a la familia, ya no Tasso, sino Tassis, en el Bergamasco, en los Alpes italianos, en el siglo XIII. Más tarde, en el XV, Ruggero de Tassis, a las órdenes de Federico III de Habsburgo, Federico el Pacífico, refunda y reorganiza la compañía, abre nuevos itinerarios por Europa y acaba siendo nombrado gentilhombre de cámara del emperador. A Ruggero le sustituye Jannetto de Tassis, que recibe el monopolio de todo el imperio. El antecedente de la concesión que heredarán los condes de Villamediana. El primer servicio de coches de postas de Europa está regentado por la «casa principesca» de los Taxis, la Fürstenhaus Thurn und Taxis, que cambia, en alemán, la doble s por la x, y que asciende a la categoría de barones de Taxis en 1608.

El paso a España de la familia se produjo con Felipe de Habsburgo, el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano y

esposo de la reina Juana. Con Felipe, entra en el reino de Castilla Francesco de Tassis, que terminará siendo nombrado correo mayor del reino de España. Su servicio de postas tardaba quince días en entregar en Bruselas una carta enviada desde Sevilla. Como Felipe era hermoso, pero mal pagador, Francesco de Tassis se vio obligado a abrir la prestación no solo a la casa real, sino a todo el mundo, antes de instalarse en el ducado de Brabante, para atender desde allí a España, Flandes y todo el Imperio Romano Germánico.

Los primeros Tassis con nacionalidad española fueron los sobrinos de Francesco: Giovanni Battista, que se españolizó como Juan Bautista, bisabuelo del poeta, y sus hermanos Mateo y Simón. El emperador Carlos V elegirá a Juan Bautista de Tassis para dirigir la Kaiserliche Reichspost en 1520, y le nombrará en España cartero mayor de Castilla y del Reino, no sin oposición de los castellanos, contrarios a que se otorgasen aquí beneficios a los extranjeros. Esta fue una de las causas, entre otras muchas, que terminarían provocando la guerra de las Comunidades. Lo mismo ocurrió en Aragón y en Andalucía. Sin embargo, los Tassis se mantuvieron fieles al emperador en todos sus frentes, y el emperador a los Tassis, de modo que, además del tejón y la baronía, que se trajeron de Italia y de Austria, respectivamente, la familia incorporó en su divisa el *perpetua fide* al César Carlos.

Raimundo de Tassis (1515-1579), abuelo del poeta, es hijo de este Juan Bautista, y fue el primer miembro cien por cien español de la dinastía. Se estableció en Valladolid y allí se casó con la vallisoletana Catalina de Acuña, en 1540. La abuela de nuestro don Juan era hija de Pedro de Acuña, el Cabezudo, y hermana del poeta Hernando de Acuña, uno de los primeros petrarquistas españoles y autor de un célebre soneto que, en uno de sus versos, acoge el que pasa por ser el lema del ideal político de Carlos V: «Un monarca, un imperio y una espada».

*Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el suelo,
por suerte a vuestros tiempos reservada;*

*ya tan alto principio, en tal jornada,
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un Monarca, un Imperio y una Espada.*

Pertenecía doña Catalina, en cualquier caso, a la poderosa familia de los Zúñiga, con lo que los Tassis fundieron su sangre con los descendientes directos de Pedro I de Castilla, el Cruel.

Raimundo y Catalina son los padres, pues, del padre del poeta, don Juan de Tassis y Acuña, nacido en Valladolid en fecha desconocida, y bautizado en la iglesia de Santiago. Entró al servicio del príncipe Carlos durante el reinado de Felipe II, y participó activamente en la campaña que se organizó para sofocar la rebelión de las Alpujarras, como relatan López de Haro y Salazar y Castro. Como correo mayor, acompañó a don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba, en la entrada de sus tropas en Lisboa el 27 de agosto de 1580, después de la batalla de Alcántara, en la que los españoles vencieron al pretendiente don Antonio, prior de Crato, lo que propició que Felipe II tomara militarmente el país. Como consecuencia de esta batalla, Felipe II sería reconocido como Felipe I de Portugal, suceso con el que cerró una unión dinástica que duraría hasta 1640.

Siendo príncipe don Felipe, el que más tarde sería Felipe III, don Juan de Tassis y Acuña se encargaría en persona de la correspondencia entre el delfín y el duque de Lerma cuando este último fue separado de la corte y enviado a Valencia como virrey. Un trabajo secreto, ya que Felipe II quería, por todos los medios, librar a su hijo de lo que consideraba una influencia nefasta. La historia nos dice que los propósitos

por parte del padre de proteger al hijo fueron infructuosos. Cuando Felipe III subió al trono, el 13 de septiembre de 1598, el poder de la familia se incrementaría aún más. Tassis participó en las negociaciones de paz con Inglaterra, en el final de la guerra anglo-española de 1585-1604, presidiendo la misión española que firmó el Tratado de Londres del 27 de agosto de 1604. Negoció personalmente con el rey Jacobo de Inglaterra las condiciones del acuerdo, que luego sellaría el condestable de Castilla. Y por estos y otros grandes servicios a la Corona, Felipe III le ratificará como correo mayor de todos sus Estados y además le otorgará el título de I conde de Villamediana, el 12 de octubre de 1603.

Según las crónicas, más allá de sus trabajos para la Corona y de su amor por los caballos, que heredaría su hijo, el I conde de Villamediana era un hombre pendenciero que tenía la cara cubierta de cicatrices por, al menos, cinco duelos de honor, de los que salió vencedor. La «opinión pública» de la época se expresaba mejor en verso que en prosa y, por ello, no faltarían críticas en forma de romances o coplillas que pusieran en el candilero al personaje. Entre las que nos han llegado dedicadas al hijo, pero referidas a la ligereza con la que el padre consiguió su título nobiliario, queda esta, que insinúa que el rey hizo noble a don Juan de Tassis y Acuña a toda prisa... y sin pago de costas:

*Que a ser Conde hayáis llegado
tan aprisa y tan sin costa,
no es mucho, si por la posta
habéis, Conde, caminado.*

A lo que responde el II conde de Villamediana, defendiendo la nobleza de cuna de su linaje:

*Ni yo para madre elijo
la mujer de Anfitrión*

*en prueba de la afición
de ser de Júpiter hijo;
ni con pesquisas me aflijo;
que el juez que me ha pesquisado
hallará, cuando arrojado
a mi ascendencia desdoble,
que soy por Mendoza noble
como otros por [lo] Hurtado.*

Aunque finalmente apoyó a los Braganza en la revuelta de 1640, que concluyó con la independencia de Portugal, Tomé Pinheiro da Veiga fue, con Felipe III, fiscal de la Corona y canciller jefe del reino de Portugal como parte del reino de España. En la *Fastiginia*, un libro de referencia para conocer cómo era la corte que Felipe III y el duque de Lerma instalaron en Valladolid, entre 1601 y 1606, el portugués habla así de don Juan de Tassis hijo en referencia a la relación de su padre con el soberano:

Su padre es el caballero a quien dicen que el Rey ha hecho mayores y más cuantiosas mercedes, más que a ningún otro en España, exceptuando tan solo a Don Pedro Franqueza; porque solamente el cargo de Correo Mayor de Nápoles le producía ya 30000 ducados de renta, y con motivo de esta última embajada en Inglaterra el Rey le hizo Conde de Villamediana.

Antes de recibir el título condal, y de consolidar todos esos privilegios reales, don Juan de Tassis y Acuña se había casado con María de Peralta Muñatones, natural de Madrid, que era descendiente de los marqueses de Falces. Hija de don Antonio de Peralta y Velasco, «comendador de Carrizosa, natural de y nacido en Villalpando», que fue capitán en Flandes, según consta en el expediente de ingreso en la Orden de Santiago de don Juan de Tassis hijo, y de doña Casilda de Mu-

ñatonos, natural de y nacida en Briviesca, hija del licenciado Briviesca de Muñatonos, del Hábito de Calatrava, consejero y testamentario del emperador Carlos V. Fruto de este matrimonio nacieron Juan de Tassis y Peralta, nuestro poeta; Felipe de Tassis, que fue abad, y un tercer hermano, del que se sabe que murió en 1593 como capitán, frente al castillo de Humbercourt, en la frontera entre Francia y los Países Bajos españoles.

A su muerte, en 1607, don Juan de Tassis y Acuña fue enterrado en la capilla mayor del convento de San Agustín de Valladolid, y su hijo Juan heredó el título de conde de Villamediana. Con el asesinato del poeta y la muerte sin descendencia de sus dos hermanos, el título pasó a don Íñigo Vélez de Guevara y Tassis (1597-1658), hijo de Pedro Vélez de Guevara, señor de Salinillas, y de Mariana de Tassis y Acuña, y primo carnal del escritor. Y continuó en una línea sucesoria que se mantiene hasta la actualidad.¹

¹ Después del poeta y de su padre, II y I conde de Villamediana, respectivamente, el título ha pertenecido, hasta hoy, a Íñigo Vélez de Guevara y Tassis (1622-1658), Catalina Vélez Ladrón de Guevara y Manrique de la Cerda (1658-1684), Íñigo Manuel Vélez Ladrón de Guevara y Tassis (1684-1699), Diego Gaspar Vélez de Guevara (1699-1725), Melchora de la Trinidad Vélez de Guevara (1725-1727), José María de Guzmán y Guevara (1727-1781), Diego Ventura de Guzmán y Fernández de Córdoba (1781-1805), Diego Isidro de Guzmán y de la Cerda (1805-1849), María del Carmen de Guzmán y Caballero (1850-1882), Diego del Alcázar Guzmán y Vera de Aragón (1883-1922), Diego del Alcázar y Roca de Togores (1922-1965), Diego del Alcázar y Caro (1965-1994) y Pedro del Alcázar y Narváez (1994-actualidad).